

pública. ¿No era esta una conquista disfrazada? En el hecho, sí; en derecho, no. Media un abismo entre la conquista y la anexión fundada en el consentimiento. La conquista es el imperio de la fuerza y destruye las nacionalidades vencidas en provecho del vencedor, al paso que si los vencidos piden la reunión, con tal que el deseo sea sincero, manifiestan su voluntad soberana en el momento en que abdican su independencia. La anexión voluntaria emana del ejercicio de los derechos de las naciones, estimándose como su manifestación solemne.

## II.

La Revolución no ha cesado de proclamar el derecho de las naciones a una existencia libre e independiente; ni podía negarle sin negarse a sí misma, puesto que procede de la voluntad nacional. Pero esta no es más que una de las facetas de la Revolución, llamada francesa, porque la Francia tomó la iniciativa; pero con más fundamento debería llamarse la Revolución de una manera absoluta, por cuanto su influjo se ha extendido a toda la Europa. A despecho de las reacciones sucesivas, no hay un solo pueblo en el continente que no haya sentido el influjo del movimiento del 89, y la democracia ha invadido hasta a la aristocrática Inglaterra. Hay, pues, en la Revolución un elemento de universalidad y de cosmopolitismo que la distingue profundamente de las revoluciones de Inglaterra y de América. Es decir, que la Revolución dió satisfacción a los dos principios que se disputan el mundo, al principio de nacionalidad y al principio de unidad.

¿Cuál fué el primer acto de la Asamblea constituyente? La declaración de los derechos del hombre. Proclamó que todo hombre tiene derechos que provienen de la naturaleza y de los que ningún poder humano puede despojarle. Era esto reconocer al mismo tiempo así el derecho de la individualidad como el de la humanidad. En el mensaje que la Asamblea constituyente dirigió a la nación francesa se leen estas frases: "Los derechos de los hombres estaban desconocidos, insultados después de muchos siglos, y han sido restablecidos para la humanidad entera por esta declaración, que será el eterno grito de guerra contra los opre-

sores." Tal es la noble ambición que la Revolución anuncia desde su principio: entiende de que no es puramente francesa, y quiere ser una revolución humana o de la humanidad.

Lafayette propuso la escarapela tricolor para la guardia nacional de París. ¿Era este un signo local que no debía traspasar los muros de una ciudad? "Os presento, dijo Lafayette, una escarapela que dará la vuelta al mundo." La nobleza, en su ceguera, rechazó las ideas y la bandera que se consideraban como expresión popular. Mirabeau gritó a los aristócratas con su voz tonante: "Vuestra loca ambición se disparará; los colores nacionales bogarán sobre todos los mares y obtendrán el respeto de todas las regiones, no como signo de combates y de victoria, sino de la santa confraternidad de los amigos de la libertad sobre toda la tierra." El gran orador y el héroe de dos mundos fueron profetas: la bandera tricolor dió la vuelta a Europa, y por todas partes fué considerada como un signo de emancipación, aun cuando se apoderó de ella un conquistador y las águilas francesas la pasearon por las capitales de los vencidos.

Los hombres del 89 no soñaban ni en las águilas ni en la conquista. Sin embargo, alimentaban la ambición de emancipar a la humanidad al mismo tiempo que la Francia. ¿Cómo aspiraban a extender la propaganda de la libertad? Por la fuerza de la idea, fundando una confraternidad universal entre todos los hombres libres. Condorcet escribía a Priestley: "Desde hace mucho tiempo se forma una liga en Europa para propagar y defender la libertad, sin otras armas que la razón, y esta liga triunfará." ¿Qué liga es esta? La de la libertad y de la verdad que dirigen los filósofos: "Los hombres de genio, dice Condorcet, sostenidos por sus discípulos, puestos en balanza con la turba de intrigantes corrompidos, instrumentos o cómplices de los tiranos, acabaron por triunfar. Este hermoso día de la libertad universal brillará para nuestros descendientes, pero al menos nosotros veremos su aurora y gozaremos con la esperanza." Esta santa confraternidad inspiró a la Asamblea legislativa uno de sus más notables decretos, aquel por el cual concedió la naturalización a los filósofos extranjeros, amigos de la libertad. "Así, dice un orador, se inauguraba la emancipación general de las naciones." "Cuando habeis querido ser libres, exclamaba el fogoso Chabot, habeis jurado la

libertad de todo el globo y la defensa de todo el género humano."

Los hombres positivos se burlarán de los entusiastas que creían que las ideas del 89 darían la vuelta al mundo por sólo el poder de la verdad. Ciertamente se necesitaron las victorias de la república y hasta las del imperio; pero no es menos cierto que, gracias al entusiasmo revolucionario, la república venció a la Europa, y que si las semillas de libertad se derrantaron sobre el continente por el grande ejército, no debe atribuirse la gloria a las águilas de Napoleón, sino a los principios y a los hombres del 89. Oigamos a esos hombres entusiastas de la libertad, a quienes realmente debemos el ser libres. En el momento que la Europa coaligada confiaba aniquilar la libertad naciente, el abate Gregorio presentó un mensaje a la Asamblea legislativa en nombre de los jacobinos, que eran todavía en esta época los *Amigos de la Constitución*. En él se leen estas frases inflamadas: "Los tiempos se han cumplido, el volcán de la libertad va a hacer explosión o despertar a las naciones y a operar la resurrección política del globo. Trabajad, pues, para la familia del género humano. A medida que os vayais desembarazando de ese farrago de leyes antiguas cuya barbarie es incompatible con nuestras costumbres, a medida que el arte social perfeccione nuestras leyes, éstas se convertirán en propiedad del mundo entero. ¡Ojalá que el genio de la libertad abraza bien pronto a la universalidad de las regiones, y que, por los lazos de una santa fraternidad, que una a todos los hombres, llegue pronto el momento en que no haya extranjeros!"

Hemos dicho cuál fué la teoría política del catolicismo: la unidad absoluta, a cuya cabeza se encontraban un papa y un emperador, éste como brazo armado del papado. La unidad católica es la destrucción de toda vida individual, de toda libertad. Hemos dicho también cuál fué el sistema político de la realeza: el equilibrio o la balanza no tiene más que una ventaja, ser una liga armada contra la monarquía universal; pero le faltan los principios de libertad y de nacionalidad. Comparados con esas doctrinas del pasado la que la Convención formuló por órgano de Robespierre. No somos admiradores apasionados del famoso tribuno, pero hay que hacerle la justicia de que sus sentimientos y sus ideas son casi siempre la expresión

de los principios del 89. Estaba convencido de que la Convención tenía una misión divina, la de fundar la libertad en el mundo entero. El mismo se creía llamado a defender la causa de la humanidad y de las naciones, y con este carácter formuló su teoría de las relaciones internacionales:

"Los hombres de los diversos países son hermanos, y los diversos pueblos deben ayudarse mutuamente, según su poder, como los ciudadanos de un mismo Estado."

"El que oprima a una sola nación será considerado como enemigo de todas."

"Los que hagan la guerra a un pueblo para impedir los progresos de la libertad y menoscabar los derechos del hombre deberán ser perseguidos por todos, no como enemigos ordinarios, sino como asesinos y bandidos rebeldes." Algo impropio de un legislador, este lenguaje es exagerado, como lo eran las pasiones de esa época. Pero prescindamos de la forma para considerar el fondo. Lo que preocupa sobre todo a Robespierre es la libertad, a la que da su nombre verdadero, los derechos del hombre. El progreso es inmenso sobre la unidad católica y sobre la política real, que ignoraban ambas hasta el nombre de libertad. ¿Qué relaciones deben mediar entre los individuos y entre los pueblos? La fraternidad, responde Robespierre. También el catolicismo hablaba de fraternidad; pero la fraternidad cristiana, fundada sobre la fe, impulsaba a la hostilidad contra todos los que estaban fuera de la Iglesia, considerándolos en menos que a los extranjeros y a los Bárbaros, puesto que son réprobos. Hay un abismo entre estos sentimientos estrechos y la fraternidad revolucionaria, que se extiende a todos los hombres por el mero hecho de ser hombres. Robespierre dice que los pueblos son solidarios. La doctrina del equilibrio, por el contrario, dividía a los pueblos en amigos y enemigos; y si algunos eran amigos en razón a la comunidad de sus intereses, otros eran por naturaleza sus enemigos. ¡Enemistad natural entre los hombres que Dios ha creado hermanos! ¡Qué basfemia! ¿Dónde está la verdad, en la doctrina revolucionaria o en las doctrinas del pasado?

Añadamos que, dentro de la doctrina de Robespierre, no cabe la guerra, aunque sea de propaganda, ni la conquista, aunque sea a costa de los reyes. La Montaña amaba mucho la libertad, y por lo mismo no podía desear la guerra; se interesaba

mucho por la independencia de la república, y, por lo tanto, debía respetar la independencia de los pueblos extranjeros. No por ello renunciaba a la propaganda de las ideas del 89; pero confiaba en que la libertad se propagaría mejor por el espectáculo de la libertad francesa que por las armas, y quería que la república reinara sobre las almas por el poder de la verdad y no por la fuerza. Era esto la realización del poder espiritual concebido por la Iglesia. Pero en manos de la Iglesia, el poder de la inteligencia se había trocado en la tiranía de las almas. No era así como la filosofía lo entendía, y en verdad que, aun desde el antiguo régimen, venía ejerciendo un verdadero imperio sobre los espíritus. Tal era también la ambición de los hombres del 89 y del 93: discípulos de los filósofos, no querían otra dominación universal que la de la libertad, ni que un pueblo estuviese sujeto a otro, sino que todos fueran hermanos e iguales en derechos.

III.

Esta propaganda pacífica, esta fraternidad universal, era una utopía, no porque sea irrealizable, pero sí lo era el 93. El odio de los partidarios del pasado contra el nuevo orden de cosas no permitió el desenvolvimiento regular de los principios del 89. Trabóse una lucha furiosa entre la Europa feudal y la Francia libre, lucha que era una necesidad providencial. Sin las guerras de la Revolución y del imperio, los tres colores hubieran dado la vuelta a Europa. Pero los designios de Dios no justifican a los hombres. La República, haciéndose conquistadora, preparaba una dominación militar. Surgió un guerrero predestinado; Napoleón fué la espada de la Revolución, y la espada hirió a la libertad; un hombre de conquista no podía ser el verdadero órgano de los principios del 89. El emperador desertó la tradición revolucionaria. Todo conquistador se ve fatalmente arrastrado a la monarquía universal, y esto fué lo que le sucedió a Napoleón.

Ya en 1803, los Ingleses acusaron a Napoleón de aspirar a la monarquía universal. Y no era ésta una de esas acusaciones comunes que se formulan en los manifiestos: lord Grenville decía que él tomaba la cosa al pie de la letra; y no veía salvación para la Europa sino en una coalición de las

potencias continentales con Inglaterra, que estaba seguro habría de llevarse a cabo. En vano los admiradores de Napoleón rechazaban esas acusaciones, tratando de establecer una diferencia entre el primer cónsul y el emperador. Fué el primer cónsul quien dirigió a los diputados de la Suiza estas imperiosas palabras: "Es preciso que, por lo que se refiere a la Francia, la Suiza sea francesa, como todos los países que confinan con la Francia." Aquí se ve el germen de las invasiones de la política imperial. Es preciso que la Holanda, y después las ciudades anseáticas; es preciso que la Confederación del Rin, y la Prusia, y la Polonia, y la Península española sean francesas. En definitiva, es preciso que la Europa entera gravite en torno de la Francia, como los planetas alrededor del sol. Napoleón dice a los pueblos que confinan con la Francia, hablando a la Suiza: "Que nada en cuanto nos atañe sea hostil de vuestra parte; que todo se mantenga en armonía con nuestros intereses; que vuestra primer política, que vuestro primer deber sea no permitir nada, no dejar hacer nada en vuestro territorio que, directa ó indirectamente, perjudique a los intereses, al honor, y en general, a la causa del pueblo francés." Dentro de este orden de ideas, ¿qué libertad restaba a los vecinos de la Francia? El emperador va a responder a la pregunta. En 1806 el emperador decía: "La Francia está unida a los pueblos de Alemania por las leyes de la confederación del Rin; a los de España, Holanda, Suiza é Italia, por las leyes de nuestro sistema federativo." ¿Qué sistema federativo es este? En un mensaje de Napoleón al Senado se lee que los Estados federativos del imperio, aunque independientes, tienen un interés común y deben tener un común lazo. El decreto sobre el bloqueo de Inglaterra nos dará a conocer cuál era la independencia que les quedaba: "El presente decreto, dice el emperador, será comunicado por nuestro ministro de relaciones exteriores a los reyes de España, de Holanda, de Nápoles y de Etruria." Este comunicado quería decir que los referidos reyes debían obedecer el decreto lo mismo que los súbditos del emperador. Entre los príncipes confederados vemos figurar a reyes de la familia de Napoleón. ¿Por qué este soldado de fortuna se empeña en hacer de su familia una familia de reyes? El mismo dice que lo hace para ligarles a su sistema federativo, esperando encontrar completa sumisión en los que se lo debían

todo y volverían a la nada desde el momento que de él se separasen. Transcribamos las frases célebres que Napoleón dirigía, en 1810, al hijo de su hermano Luis: "No olvidéis nunca, sea cualquiera la posición en que os coloque mi política y el interés de mi imperio, que vuestros primeros deberes son para conmigo y los segundos para con la Francia. Todos vuestros restantes deberes, aun aquellos que os correspondan sobre los pueblos que tenga yo a bien confiaros, vendrán después." Tal era la independencia de los príncipes confederados. El imperio, con sus Estados federativos, constituía una verdadera monarquía universal.

El día de su consagración, Napoleón hizo que llevarán delante de él la espada y el cetro de Carlo-Magno. Era ésta, dice Mr. Thiers, la imagen emblemática de la realidad que preparaba. Con efecto, imitó las formas exteriores del imperio de Carlo-Magno, pero su ambición excedía en límites a la del rey de los Francos. Dió a los reyes feudatarios los títulos de gran almirante, gran elector y gran condestable, títulos ridículos en cuanto a la forma, pero significativos en atención a que los reyes condecorados, por el mero hecho de ser dignatarios del imperio, debían considerarse como súbditos del emperador. Napoleón quería, para recordarles sin cesar su deber, que residiesen con frecuencia en Francia, donde tenían un establecimiento real en el Louvre. Lo que en esta vana pompa le seducía era que su imperio iba extendiéndose sucesivamente a toda la Europa. Si no tomó el título de emperador de Occidente, lo ambicionaba, y le agradaba que se lo dieran. En una Memoria sobre la situación del Imperio, presentada en 1806 al Cuerpo legislativo, se lee que la Italia se enorgullecía en recibir las leyes de un nuevo Carlo-Magno. Esta cita figura en la Correspondencia de Napoleón como obra suya. El mismo se comparaba a Carlo-Magno, y no se limitaba a la simple comparación. El ministro de relaciones exteriores, en una nota escrita en 1807, dice: "Soberano del imperio de Carlo-Magno, el emperador es heredero de sus derechos." Bajo este título reunió los Estados del papa al imperio, considerando el patrimonio de San Pedro como un beneficio revocable. Ya en los diarios oficiales se decía que el imperio de Carlo-Magno, después de algunos siglos de olvido, resucitaba con nuevo esplendor, y que debía considerarse a Napoleón como el fundador de un nue-

vo imperio de Occidente. Después de la batalla de Jena, los soldados, a quienes probablemente se les había ordenado aclamar al vencedor, gritaban: "¡Viva el emperador de Occidente!" El mismo dijo un día: "Yo soy el emperador del continente."

Muchas veces hemos dicho, en el curso de estos Estudios, que la monarquía universal sería la tumba de la humanidad. Con efecto, no hay vida posible sino donde los individuos y los pueblos pueden desenvolver libremente sus facultades. Y ¿qué libertad había, qué independencia restaba a los súbditos del emperador? Sigámosle a Tilsit, para formar una idea del desprecio en que tenía toda especie de derecho y aun toda conveniencia. Napoleón y Alejandro se dividirían el mundo: el Occidente para el uno, el Oriente para el otro. La división no pasaba de provisoria. Si las nieves de Rusia no hubieran sepultado al grande ejército, sólo hubiera habido un imperio y un emperador. Napoleón, mientras tanto, escribía a su embajador en la corte de San Petersburgo: "El mundo es bastante grande para nuestras dos potencias." En presencia de estos dos amos, ¿qué serán los otros reyes? Alejandro quiere la Turquía. ¿Qué dirá la Europa? pregunta el embajador de Francia. "La Europa no dirá nada, responde el ministro de Rusia. ¿Qué significa la Europa, ni qué es la Europa sino lo que vosotros y nosotros queramos? No hay freno que contenga al monarca universal. El rey de Prusia, vencido, se humilló hasta importunar al vencedor con sus solicitudes; Napoleón le dirigió a Alejandro: "Que el czar le sacrifique sus parientes de Mecklemburgo y de Oldemburgo, que le abandone los Estados del rey de Suecia, proporcionándole así un medio de indemnizarse, redondeándose hacia el Norte, a lo que Napoleón no se opondrá." Hé ahí la moral de los señores del mundo.

Luis XIV conquistaba por medio de decretos, respetando en apariencia el derecho, puesto que hacía intervenir a los tribunales para decidir de la justicia de sus pretensiones. El monarca del Occidente era ménos escrupuloso. En 1809 dijo al abrir la sesión del Cuerpo legislativo: "Yo he reunido la Toscana al imperio." Napoleón era heredero de una revolución que había renunciado a la conquista y que sólo admitía reuniones voluntarias, libremente consentidas. ¿Por ventura los Toscanos habían manifestado su deseo de reunirse a la Fran-